

JOSEP PLA Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

AMPARO GUERRA GÓMEZ / SARA NÚÑEZ DE PRADO Y CLAVELL

Se hace difícil tratar en tan reducido espacio cualquier aspecto, aunque sea «no literario», de un personaje como Pla y Casadevall, y cumplir además la obligada referencia al escritor y al intelectual. Y al maestro de la prensa, ya que Pla es la personalidad más destacada de toda una promoción de profesionales de la información, «una generación de entreguerras» que sentará «las bases para la modernización del periodismo catalán» (Casasús, 1986, 19) dentro de una línea de progreso que, como él mismo recuerda, pronto truncará la Guerra Civil, condenando a las nuevas generaciones a «una total ignorancia respecto a su propia tradición». En este aspecto él sufrirá en carne propia las consecuencias de este «olvido impuesto» cuando su obra se vea condenada al ostracismo de sus paisanos, relegada en la propia tierra (al igual que la D'Ors) por causa de circunstancias comunes a más de una de estas generaciones que le llevan a publicar una parte de ella en castellano; una actitud equivocada ésta de aplicar el criterio ideológico, y no el literario, a la hora de juzgar la inquestionable aportación de la obra planiana a la divulgación de la lengua catalana (García-Posada, 1991, 4).

Sin olvidar, pues, estos aspectos, es el objetivo de este trabajo tratar además otra faceta del escritor, menos conocida, por olvidada o voluntariamente silenciada: la que desarrolla, entre 1936 y 1938, como agente de información al servicio de «una de las dos Españas», de la que creyó en su momento más legitimada para decidir el destino y la historia inmediata de su país. Por este motivo se trata aquí de la figura de Josep Pla en dos fases. La primera corresponde a los años veinte y a principios de los treinta, donde se expone su evolución literaria e ideológica, desde el liberalismo anticonvencional de su primera juventud hasta el conservadurismo tradicional e individualista de sus últimos tiempos, así como su testimonio de los acontecimientos que vive España durante esa década (Dictadura y República). En la segunda se entra de lleno a describir su polémica y controvertida participación en la Guerra Civil española como agente de la propaganda franquista a través de los documentos disponibles que atestiguan esta

actuación, siempre negada por Pla. Igualmente, se hablará de su vuelta a España tras finalizar la contienda, de su decepción ante los resultados que le lleva, tras una corta experiencia informativa al servicio del nuevo régimen, al exilio voluntario en Palafrugell, que mantendrá hasta su muerte en 1981. Esta última fase, donde se habla de la organización de los servicios de información y espionaje del bando nacionalista, interesa doblemente por lo que tiene que ver con el personaje en particular y por lo que puede aportar al estudio y la investigación de la historia de la comunicación y la propaganda en el siglo xx.

Monarquía y República en la vida de Pla

Desde su origen de pequeño propietario rural del mas Pla de Llofriu, con una historia familiar de generaciones enteras de agricultores, algún médico de barrio, un abuelo liberal, un tío indiano e incluso algunos primos anarquistas (Buqueras, 1987, 18-19), la personalidad de Josep Pla parte de una concepción local, incluso aldeana, del mundo que pasa por el intento cosmopolita, para concluir en un planteamiento tradicional y conservador de la vida, de vuelta a los orígenes, «concepción aristocrática y epicúrea a la vez» (García-Posada, 1991, 4), «pesimismo natural», más que actitud reaccionaria, que afianzan en él toda una suerte de hechos cruciales en la historia inmediata de España, de la que será testigo de excepción: la Dictadura de Primo de Rivera y la II República primero, y la Guerra Civil y el franquismo después, ya que, como integrante de esa «generación perdida», Pla acusa en su persona el paso de una década a la otra. Los primeros años veinte marcarán su etapa «anticonvencional»; los últimos y los comienzos de los treinta son los del desencanto y el exilio personal (que no literario), encerrado física y emocionalmente en el que ya será su último refugio del Ampurdán.

Prolífica actividad periodística que arranca de finales de 1919, al terminar la carrera de Derecho, de la que confiesa «no saber en cuanto tiempo la hizo» (Buqueras, 1985, 31), cuando se traslada de Barcelona a París como corresponsal de *La Publicidad*. En 1921, hará sus «pinitos» en política como diputado en la Mancomunitat (el diario es ahora *La Publicitat*), experiencia breve que abandona para volver a la corresponsalía. De esta manera se convertirá en el primer periodista español que describa la Marcha sobre Roma y el triunfo de Mussolini (cuya personalidad le impresiona vivamente) y como integrante de esa todavía escasa especie de reportero que conoce y describe a otros países y gentes. Por estas fechas conoce a Joan Estelrich, uno de los personajes clave en la actividad que después desarrollará para la «nueva España», actividad que nunca acertó a recordar porque, ciertamente, «el olvido es la cualidad humana más perdurable».

Intelectual (más que político vocacional), viajero incansable y curioso impenitente, Pla relata toda una época de agitación y cambio. Entre 1925 y 1928, residente en el extranjero (con escapadas a Barcelona) y trabajando para Juan March, se inicia el cambio personal y literario del que fuera una vez escritor inconformista, «universalista» y «antidogmático», al que se anclará, a espaldas de todo convencionalismo pero eternamente contradictorio, en un tradicionalismo de «poner los pies en la tierra», en ese «ruralismo de cuna» que le lleva a entender las cosas «como los antiguos», sin necesidad de tener una patria tal y como la conciben sus contemporáneos, «abstracta, grandiosa y burocrática», noción a la que difícilmente llega un localista como él, «conservador en lo fundamental, liberal y catalanista» (ibídem, 74-81).

El cambio de década es también el avance de Josep Pla, ya consagrado profesional de la información, hacia posiciones de mayor vinculación con la Lliga. En 1928, da su «aldabonazo profesional» abandonando *La Publicitat* para integrarse en *La Veu de Catalunya*. Como redactor-corresponsal de este diario le sorprende el crack del 29 viajando nuevamente por Europa. El federalismo hierva en su país; Primo de Rivera baja, Hitler sube y la Gran Depresión sacude al mundo; el alegre ciudadano medio de hace unos años siente ahora lo que siempre fue gran preocupación de este ampurdanés: el dinero (o su escasez); dinero que él nunca asoció con el poder, ni siquiera con la gloria, sino del que depende la libertad humana. La realidad ha venido a demostrarlo.

Crisis económica e inestabilidad política: razones por las que la llegada de la II República Española no significa para Josep Pla la meta en la conquista de las libertades populares; gran escepticismo ante el acontecimiento el que refleja durante su segunda estancia en la capital española (la primera, en 1921), donde llega, acompañando a Cambó, el 14 de abril de 1931. Allí, y paralelamente con sus actividades como cronista parlamentario para *La Veu de Catalunya*, elabora un cuaderno personal, un dietario convertido más tarde en publicación, con el que «matar el tiempo» porque «en Madrid nunca he tenido nada que hacer». En ese diario —nada que ver con el relato costumbrista, género del que nunca fue representante, como demuestran sus libros de viajes (García-Posada, 1991, 4; Casasús, 1986, 210-213)— retrata, entre impresiones personales y con la socarronería propia de ese talante —*seny*— con el que se ha descrito hasta el tópico, la realidad política y social de un país y un régimen recién estrenado.

Para este catalán —treinta y cuatro años en 1931—, Madrid es una ciudad hospitalaria pero ajena, a donde generalmente se llega «por política o por negocios», que él describe en cada una de sus múltiples facetas, poniendo de manifiesto su descreimiento ante las nuevas circunstancias políticas y sociales. En el advenimiento de la República, la capital de España,

antes «urbe de lujo», «pueblo de la Mancha unido a una ciudad residencial», el barrio de Salamanca (Pla, 1986, 104), se había convertido en una población de «confort aparente» donde se comía nefastamente. Hay en ella —dice— una alta «sensibilidad política» (a pesar de que no tiene grandes políticos), pero poco interés intelectual (mala calidad del teatro y escasa afición a la lectura), aunque aquí la vida periodística es «infinitamente más intensa que en Barcelona» (ibídem, 8-11). Por su trabajo como cronista, conocerá a grandes figuras de la época. Respecto de Azaña, habla de su «coherencia» en cuanto al Estatut y de su destreza de «cirujano chino» en la aplicación de la reforma militar, pero critica su liberalismo «afrancesado», que le lleva a identificar «política azañista» con «política republicana» (ibídem, 128-130).

Es ese «pesimismo natural» del que hablábamos, fruto de su concepción individualista de la vida y clave de su conservadurismo (García-Posada, 1991, 4), el que lleva a Pla a reaccionar con temor ante el cambio drástico de la realidad existente y a rechazar la experiencia republicana como principal causa del caos financiero y político del país, situación a la que han conducido el «engaño socialista» y la «demagogia de los partidos de izquierdas». Tras Casas Viejas, regresa (o escapa) a París mientras España y el mundo entero se radicalizan cada vez más. Su visión del futuro próximo se hace más negra a raíz del fracaso de *El Considerat*, panfleto antirrepublicano donde colabora con Solervicens y Sagarra: «[...] para mí», dice profetizando ya el desastre, «fue la primera premonición de la inevitable guerra civil» (Buqueras, 1985, 98).

El período previo al alzamiento es una etapa de frustración personal e ideológica, aunque prolífica en cuanto a su creación literaria. El pueblo español ha dado «un bandazo de opinión», respecto a 1931, con el triunfo radical-cedista, en el que Pla ve «la reacción del campo contra la ciudad»; es en 1934 cuando realiza su encuesta, primicia del periodismo histórico español, sobre la Unió de Rabassaires y cuando sufre, tras la «revolución de octubre» y el levantamiento de Companys (que rechaza como «abominación»), la censura de sus informaciones en *La Veu de Catalunya*. Paralelamente realiza el *Viatge a Catalunya*, crónica de un paisaje y un paisanaje: el suyo, dentro del relato de viajes, género que ya revalorizó en 1925 con *Rusia. Una encuesta periodística* (Casasús, 1986, 187-188, 211). Este «recorrido narrado» por la «Cataluña histórica» refleja el comienzo del desencanto, la fase de su vida donde el viajante curioso, ávido por conocer tierras y hombres, se transforma en el viajero sabio y reflexivo que profundiza en lo cotidiano. Es ya el Pla romántico, utópico y conservador que será ya hasta el final de sus días; el que, harto de buscar, situará la definitiva felicidad dentro del ámbito tradicional y familiar, rechazando el progreso (y las modas) y preconizando la vuelta a la sociedad rural, al equilibrio de lo conocido y limitado.

En 1935, la represión de una España donde no hay legalidad, «sólo vencedores y vencidos» (Buqueras, 1985, 115), suspende el Estatut catalán. Tras el «*affaire* del estraperlo», de nuevo la incógnita de unas elecciones, esta vez con «ruido de sables» como fondo; «las izquierdas no conseguirán ni cien diputados», vaticina esperanzada pero equivocadamente nuestro cronista, que después informará a su periódico de la victoria del Frente Popular y la detención de José Antonio, mientras Maura habla de «dictadura Nacional Republicana» como única esperanza de la salvación del país (ibídem, 117-118). La suerte, ya echada, trae todo lo demás. En una sesión parlamentaria más lamentable que memorable que dirige Azaña desde la violencia dialéctica, Calvo Sotelo acusa y Casares Quiroga advierte de lo «que pudiera ocurrir» a causa de esas manifestaciones; «en estas palabras», escribiría Pla, «está el origen de la sentencia de muerte contra el señor Calvo Sotelo». Los acontecimientos que inmediatamente siguieron parecieron darle la razón.

La actividad informativa en el «exilio exterior»

Como ya apuntábamos al principio, la participación de Josep Pla en la Guerra Civil como agente franquista continúa siendo uno de los puntos oscuros, si no el que más, de su vida y profesión, en bastante medida por la actitud hermética y evasiva del escritor ampurdanés, quien siempre aseguró no haber tenido «ningún trato con ningún gobierno» pese a la existencia de documentos franquistas que lo atestiguan.¹

Sabemos que Pla abandonó España tras el alzamiento para establecerse, hasta finales de 1938, en Francia e Italia; en esos países prestó servicios como informador del bando nacional (Rubio Cabeza, 1987, 624). Todas las evidencias apuntan a su integración en la estructura del Servicio de Información del Nordeste de España (SIFNE), creado por el general Mola y el conde de los Andes en septiembre de 1936 y dirigido por el alfoncino Josep Bertran i Musitu hasta febrero de 1938, cuando es absorbido por el SIPM franquista.² Se trataba de un servicio de civiles, bien espías, agentes «conocidos» o «representantes oficiosos de la España nacionalista», que funcionaba a modo de empresa «enteramente financiada con capital privado» (Luca de Tena, Juan March y Cambó invirtieron en él importantes

1. Es el caso de los depositados por Joan Estelrich, agente de Franco y de Cambó, que, parte en París (Archivo de la Guerra Civil), parte en Madrid (SHM), se refieren a la actuación de Pla.

2. En virtud de la reorganización y la centralización de estos servicios que tiene lugar en estas fechas, el SIFNE, aunque mantiene sus redes, pasa a depender del Servicio de Información y Policía Militar (SIPM), que dirige el general Ungría.

sumas). Tenía su cuartel general en el sur de Francia, en el Grand Hotel y en La Frégate de Biarritz; después en Irún, con una «segunda oficina» en Saint-Jean-de-Luz, en la villa Nache Enea, centro este último donde se registró gran movimiento en la recepción y el envío de mensajeros a Burgos y Salamanca. Existió además una Oficina Nacional en Italia, y otras «menores» en países europeos neutrales como Gran Bretaña (Núñez de Prado, 1992, 145-148). Estructurado de forma radial, el servicio cubría ciudades del nordeste de España y del sur de Francia (centro en Biarritz), con agentes en Barcelona, Puigcerdá, Andorra y Toulouse. En Marsella, donde se sabe que residió Pla, estaba uno de los centros más importantes de observadores del SIFNE, dentro de una red que cubría prácticamente todos los puertos mediterráneos, para control y envío de información sobre la llegada de naves, personas, armamento o provisiones con dirección a la zona republicana (ibídem, 151-153). Respecto de esta última ciudad, es conocido el incidente provocado por Pla en los «servicios informativos nacionales» al enviar a Burgos, desde allí, un telegrama «sin cifrar» donde pedía dinero «para comprarse un impermeable», texto que fue inmediatamente interpretado como portador de un mensaje secreto. Ante la impotencia de los criptógrafos para revelar su clave y su contenido, se envió un enlace a la ciudad francesa, donde el propio agente explicó que realmente «sólo quería un impermeable», sin más, para protegerse de la lluvia. Años más tarde, el escritor negaría el incidente, calificándolo de «absurdo», ya que «todas las anécdotas que he provocado —y que han sido escasas— tienen un fondo racionalista».³

El SIFNE tuvo entre sus colaboradores a universitarios, financieros, industriales,⁴ diplomáticos, escritores y periodistas catalanes entre los que se cuentan Eugeni d'Ors, Josep Vergés, Octavi Saltor o Carles Sentís. Contrariamente a Josep Pla, estos últimos han hablado claramente de su participación, «a las órdenes de Cambó», en la organización de Musitu suministrando «información periodística» para campañas propagandísticas destinadas a la prensa española y extranjera, más concretamente a la revista *Occident*, publicada por Estelrich en París entre 1937 y 1939, y para *Ràdio Veritat* (Pastor Petit, 1978, 242). A todo ello se añade el testimonio del diplomático Eugeni Xammar (Pastor Petit, 1977, 180-186), referido a Sentís (pero sin dar su nombre), a quien facilitó en París, en 1937, un visado para viajar a Gran Bretaña por motivos familiares, y de su sorpresa al serle

3. En carta a D. Pastor Petit, el 14 de agosto de 1976.

4. El mismo Alejandro Goicoechea Omar fue un informador de los franquistas, a los que facilitó los planos del «Cinturón de Hierro» de Bilbao, que se llevó consigo desde la zona republicana, facilitando así la conquista de esta ciudad en la primavera de 1937. «Yo lo hice, y yo lo destruí», confesó a Pastor Petit en 1975.

después mostrada la evidencia de su colaboración con el espionaje enemigo en una carta facilitada a la embajada de la República Española por simpatizantes del servicio de correos francés (conocedores de los remites empleados por los agentes de Saint-Jean-de-Luz). Con ella Sentís se dirigía a Bertran i Musitu relatándole el éxito de su viaje a Londres gracias al visado que había obtenido de Xammar «abusando de nuestra antigua amistad», práctica que, al parecer, había repetido con otro «amigo» en la embajada de la capital inglesa.

Así vemos que, además de los sistemas «ordinarios» para pasar la información (correo, teléfono, telégrafo, radio clandestina), los agentes del SIFNE hicieron un efectivo uso de los proporcionados por las embajadas; mayormente por la valija diplomática, realidad que ya advierte el mismo Azaña en 1937 (*Obras completas*, «Cuaderno de La Pobleta») en el abuso de expedición de pasaportes diplomáticos (veáse el caso arriba descrito) por la inexistencia de control del contenido de los equipajes de estas personas, donde se transporta todo tipo de objetos y valores; «es de creer», señala, «que a través de la valija se haya hecho espionaje».

Respecto a publicaciones de la propia organización, el SIFNE «oficial» (hasta 1938) edita en París, con domicilio en el 67 de l'avenida de La Bourdonnais, 2^a, con la única referencia personal de André Real, «gerente», un *Boletín de Información Española*, panfleto impreso en ciclostil, de escasas páginas y presumiblemente dirigido a la población civil, dentro de los términos de «desinformación» y utilización de «propaganda negra» que es habitual en la «guerra psicológica»; o sea, presentación de informaciones confusas, «supuestamente provenientes» de medios republicanos, donde se ofrece un visión adversa de la marcha de la guerra (avance del espionaje, escasez de alimentos) que justifica la oposición a la política del Gobierno. Así encontramos algunos números (375, 377, 381, 383), correspondientes a septiembre-octubre de 1937, donde se «informa» de la situación en «unas tierras de pesadilla» o las «nuevas excitaciones a la ferocidad» del Gobierno, de «las amazonas rojas de Miaja» y la «limpieza de la retaguardia», de la «desconfianza» de este general sobre sus tropas y del «plan Largo Caballero» o los «Textos soviéticos acerca de España».

Con respecto a los principios de su funcionamiento, y tomando como base las afirmaciones de Bertran i Musitu, en cuanto al hecho de que el SIFNE no se inspiró en ningún modelo organizativo anterior ni utilizó las experiencias de la Primera Guerra Mundial, es de creer que su organización contase con la ayuda de expertos extranjeros en este campo: la Abwehr nazi, la OVRA italiana y el PVDE portugués; probablemente los dos primeros les facilitaran emisoras, material fotográfico y métodos criptográficos (Núñez de Prado, 1992, 158-159). Respecto a estas conexiones, y en documento no del todo fiable, dada su procedencia republicana, pero

referido a la «reorganización de los servicios de espionaje fascista», de junio de 1937 (Pastor Petit, 1978, 201-202), se habla de su vinculación con la Gestapo, bajo cuya «dirección técnica» están todos los servicios de información nacionalistas en Francia, siendo el agregado militar de la embajada alemana en París, Von Wurzberger, el enlace con los SIFNE. Además se da una relación bastante completa de sus principales dirigentes (Bertran i Musitu y el mencionado conde de los Andes como máximos responsables); figuran también, como «agentes subalternos de información y enlace», los nombres de Josep Pla Casadevall y Carles Sentís Anfruns.

Al margen de documentos como éste, no faltan tampoco testimonios de amigos, como Manuel Aznar, con quien Pla dirigió *El Diario Vasco*, en 1938, y *La Vanguardia*, en 1939, el cual recuerda, veinticinco años después (Pastor Petit, 1978, 243) aquellos tiempos de *La Frégate*, cuando «un breve mundo catalán cumplía misiones de información secreta, mitad militar, mitad política», y las confidencias literarias que el hijo de Bertran i Musitu hacía a un Pla ya maduro. También, la impresión que tuvo, ya en Llofríu, de que su compañero de avatares periodísticos se disponía «a liquidar inexorablemente casi todo un pasado inmediato» de actividades, relaciones o amistades ocasionales (o inconvenientes).

El desmedido afán del escritor ampurdanés por «el olvido a ultranza» en todo lo relacionado con una «guerra sanguinaria», en la que participó probablemente sin ganas y a disgusto (máxime tras comprobar sus resultados inmediatos), no excluye tampoco su colaboración en publicaciones que se iniciaron por aquella época bajo el signo falangista. Es el caso de *Destino*,⁵ revista creada en 1937 a iniciativa de Ignasi Agustí y Joan R. Masoliver para «cohesionar», dentro de esa tónica ideológica, «a todos los catalanes dispersos por la España nacionalista» i puesta dcspués «al servicio de una burguesía ilustrada y liberalizada», en donde aparecen firmas como las de Cunqueiro, Teixidor, Arbó o Nadal (Mainer *et al.*, 1971, 45-46). Según Ignacio Buqueras (1985, 123-124), es Josep Vergés quien introduce circunstancialmente a Pla en el semanario, durante la «etapa de renovación» del mismo, en 1939; en él publicará hasta 1975, viviendo las dificultades de la revista y sorteando la rígida censura franquista con su estilo de «colaboraciones irónicas».

5. Nacida como *Destino. Política de Unidad*, se le añade, desde 1944, la editorial del mismo nombre, de gran auge entre 1945 y 1950 con Josep Janés como editor. En esta revista publica Pla, entre 1941 y 1942, en castellano, su sección «Calendario sin fecha», obra que ha sido reeditada recientemente. (Ver en bibliografía García-Posada, 1991.)

Final de la guerra y comienzo del «exilio interior»

Con la paz llegan pronto la realidad y el desencanto, largamente anunciado en Josep Pla. Como se ha dicho, cuando, a principios de 1939, regresa a Barcelona, es más «un vencido que un vencedor». En esta ciudad, junto a Manuel Aznar y hasta el mes de mayo, se hará cargo de *La Vanguardia*, convertida el 27 de enero, y por un solo día,⁶ en *Diario al servicio de España y del Generalísimo Franco*, que reinicia ahora su publicación con el número 22.575 del año LV, correspondiente al 20 de julio de 1936, fecha de comienzo de su «secuestro espiritual»; un paréntesis que se cierra tras el «mal sueño» de esta «tragedia inolvidable» (Fabre, 1987, 40). Durante su breve experiencia con Aznar al frente del diario, Pla, que según explica Vergés «nunca quiso dirigirlo», tratará de mantener la línea tradicionalmente aséptica del periódico barcelonés, aun dentro de los planteamientos políticos de la nueva España. Durante esta corta etapa aparecen dos únicos artículos con su firma: «Retorno sentimental de un catalán a Gerona» y «El cristianismo y los asesinos» (ibídem, 41-43). La llegada del nuevo director, Luis de Galinsoga, decisión que no le agrada pero que aceptará sin decir una sola palabra, es el fin del intento de «contención» y el comienzo de una nueva etapa «más nacional» para *La Vanguardia*. El diario adquiere ahora formas de panfleto propagandístico, en total identificación con el régimen franquista, que ponen de manifiesto (números de mayo, junio y julio) no tanto la elección de los temas como su presentación en portadas y grandes titulares (marginando otras informaciones): «Fiesta de la Victoria», aniversario de Mola y «Clamorosa bienvenida» a Serrano Súñer, aniversario del Alzamiento y del Caudillaje.

Después de este fracaso profesional, Pla decide su retiro al «exilio interior» de su Llofríu, que inicia en 1940, sólo roto con algunos viajes al extranjero (Europa y América) y algunas escapadas a Barcelona (Bueque, 1985, 121-122). Comienza también ahora su etapa de publicación en castellano en *Destino*, hasta 1947, en que volverá de nuevo a escribir en catalán. Como hombre y autor, habrá de vivir todavía épocas brillantes y también amargas, pero existirá una en particular para la que su voluntad, quién sabe si su memoria, había cerrado definitivamente la puerta a los recuerdos: la comprendida entre 1936 y 1939. Así contesta en Barcelona, interrogado cuarenta años después, un Pla octogenario pero «resistente» acerca de su participación en la Guerra Civil de España: «Hice lo que tenía que hacer, pero eso no quiere decir que recuerde que lo hiciera.»⁷

6. Al día siguiente, 28 de enero, adoptará el título abreviado de *La Vanguardia Española*, con el que se mantendrá hasta 1978.

7. Josep Pla a Sara Núñez de Prado y D. Pastor Petit en la primavera de 1979.

Bibliografía

- BUQUERAS, I. *Josep Pla. El «seny» irónico*. Silex, 1985.
- CASASÚS, J. M. *Lliçons de periodisme en Josep Pla*. Barcelona: Destino SA, 1986.
- FABRE, Jaume. «Premsa i Guerra Civil». *Annals del Periodisme Català* [Barcelona: Col·legi de Periodistes de Catalunya], núm. 10 (gener-maig 1987).
- GARCÍA-POSADA, M. «El viajero sabio». La vigencia de Josep Pla después de las polémicas». *El País* («Libros»), 13.10.1991, p. 4.
- MAINER *et al.* *Falange y literatura. Antología*. Barcelona: Labor SA, 1971.
- NÚÑEZ DE PRADO Y CLAVELL, S. *Servicios de Información y Propaganda en la Guerra Civil Española. 1936-1939*. Tesis doctoral. Madrid: UCM, 1992.
- PASTOR PETIT, D. *Espionaje: España 1936-39*. Barcelona: Bruguera, 1977.
- *Los dossiers secretos de la Guerra Civil*. Barcelona: Argos-Vergara, 1978.
- PLA i CASADEVALL, J. *El advenimiento de la República*. Barcelona: Alianza Editorial, 1986.
- RUBIO CABEZA, M. *Diccionario de la Guerra Civil Española*. 2 v. Barcelona: Planeta, 1987.